que como el Hijo de Dios murió de hambre, así permanezcáis muerto a todo amor a vos mismo, y que vuestra voluntad y apetito permanezcan muertos a toda pasión sensitiva, a las disposiciones y delicias del mundo, al placer del siglo y a todas sus vanidades. No dudo que, si el entendimiento se detiene a contemplarse a sí mismo, reconociendo que nada sois, encontraréis que se os ha dado el ser con ardoroso amor. Digo que entonces vuestro corazón y afecto no podrá mantenerse sin sufrir de amor, no podrá vivir con amor propio, ni se buscará a sí por sí, por propia utilidad, sino por honor a Dios; y al prójimo no lo buscará por sí mismo, por propia utilidad, sino que lo amará y deseará su salvación para alabanza y gloria del nombre de Dios. Como ve que Dios ama tanto a las criaturas, de ahí que los siervos de Dios las amen tanto, al ver que tan amadas son del Creador, y que es condición de amor amar lo que éste ama. Digo que no aman a Dios por sí mismos sino por ser suma Bondad, digno de ser amado. Verdaderamente, padre, esos han puesto su vida fuera de ellos mismos. No quieren sino penas, suplicios, tormentos y villanías. Desprecian todos los tormentos del mundo. Tan grandes son su cruz y sus sufrimientos al ver las ofensas y vituperios a Dios y la condenación de las criaturas, que olvidan sentir su propia vida. No huyen de las penas sino que se deleitan en ellas y las buscan. Recuerdan al dulce y enamorado Pablo que se gloriaba en las tribulaciones por amor a Cristo crucificado. Quiero, por tanto, y os ruego que sigáis a este dulce abanderado.

¡Ay, ay, desgraciada alma mía! Abrid los ojos y mirad la muerte perversa que ha llegado al mundo y de modo especial al cuerpo de la santa Iglesia. ¡Ay! Reviente vuestro corazón y vuestra alma al ver tantas ofensas a Dios. Ved, padre, que el lobo infernal no soporta a las criaturas, a las ovejas que se apacientan en el jardín de la Iglesia y que no se encuentra nadie que se mueva para arrancárselas de la boca. Los pastores duermen en el amor a sí mismos, en codicia y en inmundicia. Tan embriagados se hallan de soberbia que duermen y nada sienten al ver al

lobo infernal que les quita la vida de la gracia y hasta la de sus súbditos. No se preocupan. Todo proviene de la perversidad del amor propio. ¡Qué peligroso es en los prelados y en los súbditos! Si el prelado tiene amor propio, no corrige los defectos de los súbditos porque se ama a sí por sí y cae en temor servil. De ahí que no reprenda. Si se amase a sí por Dios, no temería servilmente sino que con audacia y valiente corazón reprendería los defectos y no callaría ni haría la vista gorda. Quiero que no tengáis ese amor propio, carísimo padre. Que no se os diga lo que con reproche profirió duramente la dulce Verdad: «maldito seas tú, que callaste». ¡Ay, no calleis más! Gritad con cien mil lenguas. Veo que el mundo está perdido por callar; la esposa de Cristo descolorida. Ha perdido el color porque le han chupado la sangre de la cabeza, es decir, le han sacado la sangre de Cristo, sangre dada graciosamente y no por deber. Se la roban con la soberbia, quitando a Dios el honor que a El se debe dar y se lo dan a sí mismos. Lo roban por la simonía, vendiendo los dones y beneficios dados gratuitamente por la gracia con el precio de la sangre del hijo de Dios. ¡Ay! Yo muero y no puedo morir. No durmáis en la negligencia. Haced al presente lo que podáis; creo que llegará el momento en que podáis hacer más. Ahora, en el tiempo presente, os invito a alejar de vuestra alma todo amor propio y a vestirla del hambre y de la verdadera virtud por el honor de Dios y de la salvación de las almas. Confortaos en Jesús, dulce amor, ya que todos veremos aparecer las flores. Procurad que el estandarte de la cruz se levante pronto y no desmayen vuestro corazón y afecto por ninguna contradicción que veáis aparecer, sino animaos pensando que Cristo crucificado será quien haga y cumpla los dolorosos deseos de los siervos de Dios. Sumergíos en la sangre de Cristo crucificado. Poneos en cruz con El. Escondeos en sus llagas. Bañaos en su sangre. Perdonad, padre, mi atrevimiento. Jesús dulce, Jesús amor.

ACEPTACION DE LA VOLUNTAD DE DIOS EN LOS SUFRIMIENTOS

Al venerable religioso Fray Antonio de Niza, de la Orden de los HH. Ermitaños de San Agustín. 1378

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

A vos, dilectísimo y carísimo padre y hermano en Cristo Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo encomendándoos en la preciosa sangre del Hijo de Dios, con deseo de veros sumergido y ahogado en el horno de la divina caridad y que arda y vuestra voluntad propia se halle anegada, pues ésta nos quita vida y da la muerte. Abramos los ojos, carísimo hermano, porque tenemos dos voluntades: la sensitiva, que busca las cosas sensibles, y la espiritual que, con especie y color de virtud, mantiene firme su voluntad. Esto lo demuestra cuando quiere elegir los lugares, tiempos y consuelos a su aire. Así dirá: «Yo quisiera esto para poseer más a Dios».Y es un gran engaño e ilusión del demonio, quien, no pudiendo engañar a los siervos de Dios con la primera clase de voluntad (porque ya han mortificado a sus sentidos), a hurtadillas, toma posesión de la segunda voluntad con lo espiritual. Muchas veces recibe el alma consuelo y después se siente privada de él por Dios, que le dará otra cosa de menos consuelo y más provecho. El alma, animada por lo dulce, al verse privada de ello, siente pena y cae en el tedio. ¿Por qué? Porque no quisiera carecer de ese consuelo. Y dice: «me parece amar de este modo más que de aquél. Con éste recibo algún fruto y ninguno con aquél, sino sufrimiento, y muchas veces combates, y creo ofender a Dios». Digo, hijo y hermano en Cristo Jesús, que esta alma se engaña con la propia voluntad, al no querer estar sin aquella dulzura. Con este cebo la atrapa el demonio. Con frecuencia pierde el tiem-

po, queriendo disponer de él a su modo, pues no ejercita lo que tiene sino en sufrimiento y en tinieblas.

Nuestro dulce Salvador dijo una vez a una hija suya (ella misma): «¿Sabes cómo actúan los que quieren cumplir su voluntad en los consuelos, dulzuras y deleites? Al encontrarse privados de ellos, quieren apartarse de mi voluntad, pareciéndoles que no hacen bien y que no me ofenden; pero en ellos se halla oculta la parte sensitiva y, pretendiendo huir de los sufrimientos, caen en el pecado y no se dan cuenta. Si el alma actuase sabiamente y tuviera la luz (divina), consideraría el fruto y no la dulzura. ¿Cuál es el fruto del alma? El aborrecimiento de sí y el amor a Mí. Ese aborrecimiento y amor han nacido del conocimiento de sí misma. Se reconoce defectuosa, no ser nada. Contempla en sí misma mi bondad, la que le conserva la buena voluntad. Ve que lo he realizado Yo, por lo que mi sierva está en mayor perfección y piensa que lo he hecho por ser lo mejor para su bien. Es tal, carísima hija, que no quiere el momento a su modo, porque es sumisa; conoce su enfermedad y no confía en su querer, sino que me es fiel. Se viste de mi suma y eterna voluntad, porque Yo no doy ni quito si no es para su santificación y ve ella que sólo el amor me mueve a daros la dulzura y a quitarla. Por eso no se puede doler de que se le prive de algún consuelo interior o exterior, por parte del demonio o de las criaturas, ya que ve que si no fuese para bien suyo no lo permitiría Yo. Se goza en ello porque tiene la luz dentro y fuera y, tan iluminada se encuentra que, llegando el demonio con las tinieblas a su mente para confundirla, diciéndole «esto es por tus pecados», ella contesta como persona que no esquiva sufrimiento diciendo: «gracias sean dadas a mi Creador que se ha acordado de mí en el tiempo de las tinieblas, castigándome con sufrimientos en el tiempo perecedero. Gran amor es este, pues no me quiere castigar en el tiempo que no termina». ¡Oh, qué tranquilidad de espíritu tiene esta alma por haberse despojado de la voluntad que produce tempestad! No obra así el que tiene interiormente viva su

voluntad y busca las cosas de su agrado, pues parece que cree saber lo que necesita mejor que Yo. Ese dice con frecuencia: «me parece que ofendo a Dios. Que me quite la ocasión de pecado y que haga lo que El quiera». Cuando en vosotros veáis la voluntad de no ofender a Dios y el aborrecimiento del pecado, es señal de que el pecado ha desaparecido, por lo cual debéis tener confianza, puesto que, aunque todas las obras exteriores y consuelos interiores disminuyesen, permanecería siempre firme la voluntad de agradar a Dios. Sobre esta piedra se halla fundada la gracia. Si dices «no me parece tenerla», te digo que es falso, porque si no la tuvieses no temerías a Dios. Es el demonio el que te hace ver esto para que entre el alma en confusión y desordenada tristeza y mantengas firme tu voluntad en desear los consuelos, el tiempo y los lugares a tu capricho. No le creas, hija queridísima, sino ten tu alma dispuesta a sufrir penas según el modo con que Dios las de. De otro modo haréis como el que se halla a la salida con la lámpara en la mano, que, extendiendo el brazo hacia afuera, ilumina fuera y dentro quedan las tinieblas. Esto hace el que ya ha conformado las cosas exteriores con la voluntad de Dios; desprecia al mundo, pero dentro le queda viva la voluntad espiritual, disimulada con pretexto de la virtud». Así habló Dios a aquella sierva suya interiormente.

Por eso dije que quería y deseaba que vuestra voluntad estuviese sumergida y transformada en El, disponiéndoos a soportar las penas y trabajos de cualquier modo que Dios las quiera dar. Así nos veremos libres de las tinieblas y tendremos la luz. Amén. Alabado sea Jesucristo crucificado y la dulce María.

COMO SACAR BENEFICIOS DE LOS SUFRIMIENTOS

A Fray Tomás Della Fonte, de la Orden de los HH. Predicadores, año 1368.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo padre en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en la preciosa sangre con el deseo de veros bañado en ella, pues embriaga, fortalece, quema e ilumina al alma con la verdad, y por eso no cae en la mentira. ¡Oh sangre que fortalece al alma y le quita la debilidad! Esta procede del temor servil, y éste de la falta de luz. El alma es fuerte porque en la sangre ha sido iluminada por la verdad, y ha conocido y visto con el entendimiento que la Verdad primera la creó para darle vida perdurable en la gloria y alabanza de su nombre. ¿quién le manifiesta que es así? La sangre del Cordero inmaculado. Ella muestra que todas las cosas que Dios concede, prósperas y adversas, consuelos y tribulaciones, vergüenza y vituperio, escarnios y villanías, infamias y murmuraciones, todas nos son otorgadas con ardiente amor para que se cumpla en nosotros la primera y dulce verdad para la que hemos sido creados. ¿Quién nos lo certifica? La sangre. Porque, si hubiese intentado otra cosa de nosotros, no nos habría dado a su Hijo, y el Hijo la vida. En cuanto el alma ha conocido esta verdad con el entendimiento, inmediatamente recibe la fuerza capaz de soportarlo y sufrirlo todo por Cristo crucificado. No se enfría; se calienta con el fuego de la caridad divina, con aborrecimiento y descontento de sí misma. Poco a poco se encuentra ebria. Como el embriagado pierde sus sentidos y no tiene más sensación que la del vino, y todas sus sensaciones quedan inmersas en el vino, así el alma, embriagada de la sangre de Cristo, pierde la

sensación propia y es privada del amor sensible y del temor servil (donde no hay amor sensible no hay temor a la pena; se deleita en las tribulaciones y no quiere gloriarse sino en la cruz de Cristo). Esta es su gloria. Entonces todas las potencias del alma se hallan ocupadas en nuestro interior. La memoria se encuentra llena de la sangre; la recibe como beneficio. En ella descubre amor divino (que expulsa al amor propio); amor a los oprobios y pena por la honra; amor a la muerte y pena de la vida. ¿Con qué se ha llenado la memoria? Con las manos del afecto y del santo y verdadero deseo. Este afecto y amor proceden de la luz del entendimiento que conoce la verdad y la dulce voluntad de Dios. Así quiero, carísimo padre, que dulcemente nos embriaguemos y bañemos en la sangre de Cristo crucificado, para que las cosas amargas nos parezcan dulces, y ligeros los grandes pesos; de las espinas y abrojos saquemos la rosa: la paz y la quietud. No digo más. Permaneced en el santo amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

CONSEJOS PARA LA VIDA RELIGIOSA

A Sor Eugenia, su propia sobrina.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima hija de Cristo, el dulce. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, te escribo en su preciosa sangre con el deseo de verte gustar la comida de los ángeles y de que no obres de otro modo. Para que la puedas saborear te volvió a comprar Dios con la sangre de su Hijo unigénito. Piensa, carísima hija, que esta comida no se toma en el suelo, sino en lo alto. Por eso quiso el Hijo de Dios ser elevado en el árbol de la santísima cruz para

que arriba, en esta mesa, comiésemos este alimento. Me dirás: «¿cuál es la comida de los ángeles?». Te respondo: el deseo de Dios, el cual atrae hacia sí el que hay en el afecto del alma. Ambos se hacen una sola cosa.

Es este un alimento que exhala el olor de las verdades y reales virtudes, mientras somos peregrinos en esta vida. Ellas, cocidas al fuego de la caridad, se comen arriba, en la mesa de la cruz. Es decir, que con sufrimientos y trabajos se adquiere la virtud, combatiendo a los propios sentidos, y con fuerza y violencia arrebata el reinado de su alma, que es llamado cielo porque guarda a Dios dentro de sí. Este manjar hace al alma angelical y por eso es llamado manjar angélico. También porque, separada el alma del cuerpo, gusta a Dios en su esencia. Es alimento que sacia a toda el alma y en tal modo que no puede desear sino lo que le permita más perfectamente conservar y aumentar ese manjar. Por eso tiene odio a todo lo que le es contrario. Así, como prudente, mira con la luz de la fe, que se halla en el entendimiento, y ve lo que le es nocivo y lo que le es útil. Por haberlo visto ama y desprecia. Me refiero a los sentidos. A éstos los tiene atados a los pies del afecto junto con todos los vicios que de ellos nacen. El alma huye de todas las ocasiones que la pueden inclinar al vicio o impedir la perfección. Por eso niega la voluntad propia, causa de todo mal, y la sujeta al yugo de la santa obediencia, no sólo a la Orden y a su prelado, sino a la más humilde criatura, en atención a Dios. Huye de toda gloria y placer humano y se gloria únicamente en los propios sufrimientos de Cristo crucificado. Las injurias, tormentos, escarnios y villanías le son como leche. Con ellos se deleita, por parecerse a su esposo, Cristo crucificado. Renuncia al trato con las criaturas, porque ve que muchas veces son impedimento entre nosotros y nuestro Creador, y se refugia en la celda material y espiritual. A esto te invito a ti y a las otras (monjas). A ti te mando, queridísima hija mía, que estés siempre dentro del conocimiento de ti misma, donde encontramos el manjar angélico del anheloso deseo de Dios hacia nosotros; y en la

celda material, con vigilia y humilde fiel y continua oración, despojando tu corazón y afecto de ti misma y de toda criatura, revistiéndote de Cristo crucificado. De otro modo lo comeréis en el suelo, y ya te dije que en él no se debe comer. Piensa que tu esposo, Cristo el dulce Jesús, no quiere estorbos entre ti y El, y que es muy celoso. Si viera que amabas algo fuera de El, te abandonaría y serías digna de comer el alimento de las bestias. ¿Y no serías bestia en verdad, y comida de bestias, si dejases al Creador por la criatura, al bien infinito por las cosas finitas y transitorias que pasan como el viento; la luz por las tinieblas; la vida por la muerte; lo que te viste del sol de santidad, con collar de obediencia y margaritas de la fe viva, esperanza firme y caridad perfecta, por aquello que te despoja de las mismas? ¿No serías muy necia apartándote de lo que te da la perfecta pureza (y sabiendo que cuanto más te acercas a El tanto más fina se hace la flor de la virginidad) a cambio de aquellas cosas que con frecuencia arrojan pestilencia de inmundicia, que contaminan el espíritu y el cuerpo? Dios las aparte de ti por su infinita misericordia.

Para que esto no pueda ocurrir (cuida) de no ser tan desgraciada, que emprendas trato particular ni con religioso ni con seglar. Porque si yo lo sé, o lo oigo, si no estuviera tan alejada como estoy, te daría tal disciplina que te acordarías toda tu vida. No des ni recibas nada, de dentro o de fuera, si no es por necesidad. Sé responsable y segura contigo misma. Sirve a las hermanas caritativamente, con toda diligencia, y especialmente a las que veas en necesidad. Cuando tengas huéspedes y te llamen al locutorio, guarda tu paz y no vayas. Lo que quieran decirte que se lo digan a la priora. Si ella, por obediencia, te mandar ir, inclina la cabeza y sé áspera como un cardo. En espíritu y compostura estate como la gloriosa virgen santa Inés (de Montepulciano) obligada a estar a sus hijas. Confiésate y expón tus problemas; recibida la penitencia, márchate. Cuida que los confesores no sean de aquellos con quienes te has criado. No te maravilles de que hable

así, pues muchas veces puedes haberme oído, y es la verdad, que las conversaciones entre devotos y devotas echan a perder las almas, las costumbres y las observancias de los religiosos. Cuida de no ligar tu corazón a otro que a Cristo crucificado, porque llegará el momento en que quieras desligarte y no podrás, porque te será muy duro. Digo que el alma que ha probado el manjar angélico ha visto que estas y otras cosas mencionadas son un impedimento para su comida. Por eso huye de ellas con grandísima solicitud. Te digo que busques y ames lo que alimenta y conserva al alma. Como has visto que se saborea mejor este alimento por medio de la oración hecha en el conocimiento de sí misma, de ahí que el alma deba ejercitarse continuamente en las prácticas que más la pueden acercar a Dios.

Hay tres clases de oración. Una es la continua, es decir, el santo deseo ininterrumpido. Este ora ante la presencia de Dios en todo lo que hace, porque a su honor orienta todas las potencias espirituales y corporales. Por eso se llama continua. De ésta parece que hablaba san Pablo cuando dijo: «Orad sin interrupción». Otro modo es la vocal, cuando con la boca se recita el oficio (divino) y demás oraciones. Esta está ordenada a unirse con la tercera, o sea, con la mental, pues toda el alma se concentra, cuando con prudencia y humildad se ejercita en la oración vocal; es decir, hablando con la lengua, sin que el corazón esté lejos de Dios. Se debe uno esforzar por fijar y afirmar el corazón en el afecto de la divina caridad. Cuando se siente que el espíritu es visitado por Dios, es decir, que de algún modo es arrastrado a pensar en su Creador, se debe abandonar la oración vocal y fijar la mente con afecto de amor en lo que ve que Dios le inspira. Después, si hay tiempo, terminado aquello reemprenda la oración vocal a fin de que el espíritu se halle siempre lleno y nunca vacío. Si en la oración se acumulan combates de diversos modos, haciendo el demonio que entienda que la oración no es agradable a Dios, aunque sean muchos los ataques y oscuridades, no se debe por

ello abandonar, sino permanecer firme, con fortaleza y prolongada perseverancia. Piense que el demonio lo hace para apartarnos de la madre, que es la oración, y que Dios lo permite para probar la fortaleza y constancia de aquel alma, para que en los ataques y tinieblas reconozca que nada es, y para que la buena voluntad, con que se siente protegida, entienda que la bondad de Dios da y conserva las buenas voluntades. Esta voluntad no se niega a quien la desea.

De este modo se llega a la tercera y última oración, la mental, en la que se recibe el fruto de los trabajos que sufre el alma en la oración imperfecta. Aquí saborea la leche de la verdadera oración. Se eleva sobre sí misma, es decir, sobre las groseras percepciones de los sentidos; con mente angélica se une a Dios por afecto de amor, y con la luz del entendimiento ve, conoce y se viste de la verdad. Se ha hecho hermana de los ángeles, está con el esposo a la mesa del atribulado deseo y se deleita en buscar el honor de Dios y la salvación de las almas, porque se da cuenta de que por esta finalidad corrió el esposo a la afrentosa muerte de cruz y dio cumplimiento a la obediencia del Padre y a nuestra salvación. En verdad esta oración es una madre que en la caridad de Dios concibe a la virtud y, en la caridad del prójimo, la da a luz. ¿Dónde manifiestas tú el amor, la fe, la esperanza y la humildad? En la oración. Porque no te preocupas de buscar lo que no amas. Quien ama quiere siempre unirse con lo que ama, es decir, con Dios. Por medio de la oración pides lo que necesitas, porque conociéndote (en el conocimiento está fundada la verdadera oración) ves tener gran necesidad por sentirte cercada de tus enemigos: del mundo con las injurias y recuerdo de los diversos placeres; del demonio, con muchas tentaciones; y de la carne con gran rebelión y lucha contra el espíritu. Ves que por ti nada eres y, siendo nada, no te puedes valer. Por eso corres con fe al que tiene existencia propia, puede y quiere socorrerte en todas tus necesidades, y con confianza le pides y esperas su ayuda. Nunca te será negada cosa justa que pidas de

este modo a la divina Bondad; de lo contrario no sacarás fruto. ¿Dónde sentirás el dolor de la conciencia? En la oración. ¿Dónde te despojarás del amor propio que te hace impaciente en el tiempo de las injurias y otros sufrimientos, y te vestirás de un amor divino que te hará paciente, y te gloriarás en la cruz de Cristo? En la oración. ¿Dónde percibirás el perfume de la virginidad, el hambre de martirio, y te dispondrás a dar la vida por el honor de Dios y la salvación de las almas? En esta dulce madre, la oración. Ella te hará observante en la Orden, sellará tu corazón y tu mente con los tres votos solemnes que hiciste en la profesión, dejando allí la impronta del deseo de observarlos hasta la muerte. Te elevará del trato con las criaturas y te lo dará con el Creador. Ella te hará observante en la Orden, sellará tu corazón y tu mente con los tres votos solemnes que hiciste en la profesión, dejando allí la impronta del deseo de observarlos hasta la muerte. Te elevará del trato con las criaturas y te lo dará con el Creador. Ella llenará el vaso del corazón con la sangre del humilde Cordero y lo rodeará de fuego, ya que fue derramada con fuego de amor.

El alma recibe y gusta más o menos perfectamente de la oración, según se alimente con el manjar angélico, a saber, del santo y verdadero deseo de Dios, levantándose, como queda dicho, a tomarlo arriba, en la mesa de la santísima cruz. Por eso dije que deseaba ver que te alimentabas con el manjar de los ángeles, pues no veo que de otra manera puedas ser verdadera esposa de Jesucristo crucificado, consagrada a El en la santa religión. Haz que te vea como piedra preciosa ante la presencia de Dios. Y no me pierdas el tiempo. Báñate y sumérgete en la sangre del dulce esposo. No te digo más. Permanece en el santo amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

INJERTARSE EN CRISTO CRUCIFICADO

A Don Martín, Abad de Passignano.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Reverendo y carísimo padre en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de ver vuestro corazón y afecto injertados en la dulce y venerable cruz. Creo que el alma no puede participar ni obtener el fruto de la gracia si su corazón y afecto no están insertos en el atormentado amor del Hijo de Dios. Sin ello no sería suficiente el que la naturaleza divina se hubiera injertado y unido a la humana, y viceversa. Vemos también que Dios-hombre, corriendo a la afrentosa muerte de cruz, ha hecho el injerto del Verbo sobre la santa cruz y nos ha bañado con su preciosa sangre, produciendo las flores y los frutos de las verdaderas virtudes. Todo esto es obra del vínculo del amor que, cálido, lúcido y atrayente, ha madurado los frutos de las virtudes y les ha quitado su acidez. Esto ha ocurrido una vez que el injerto del Verbo divino se hizo en la naturaleza humana y quedó el Verbo injertado en el madero de la cruz. Sabed que antes eran frutos agrios, que ninguna virtud nos llevaba al puerto de la vida porque la mancha de la desobediencia de Adán no había sido lavada con la obediencia del Verbo, Hijo unigénito de Dios. También os digo que, a pesar de este dulce y suave vínculo, el hombre no participa ni puede participar de la gracia, si por amoroso afecto no se viste del torturado amor al Hijo de Dios, por el seguimiento de sus huellas.

Nosotros, árboles estériles sin fruto alguno, necesitamos estar unidos con el árbol fructífero, o sea, con Cristo, el dulce Jesús. Carísimo y reverendo padre, ¿qué corazón habrá tan duro que no se una e injerte en El por medio del vínculo de la caridad, y que se le quiera oponer, si

considera el amor inefable que su Creador le tiene? Cierto, que no sé cómo lo podrá hacer.

Estoy segura de que los injertados y unidos al árbol mortífero del demonio y del amor propio (de los deleites, posición social, riquezas del mundo, fundados en la perversa soberbia y vanidad) ¡ay! son los que se hallan privados de la vida, convertidos no sólo en árboles estériles sino en árboles muertos. Comer de su fruto lleva a la muerte eterna porque los frutos son los vicios y los pecados. Quienes de ellos se alimentan se apartan del camino y de la doctrina de este dulce y amoroso Verbo encarnado, van por tinieblas y caen en la muerte y en gran miseria.

No obran así los que con amor afectuoso siguen el camino de la verdad. Los que han abierto el ojo del entendimiento, confiesan que no existen por sí mismos y reconocen la bondad de Dios en ellos y que ésta la han recibido graciosamente y no por deber, así como el ser y todas las gracias añadidas a su existencia. Entonces crece el fuego y afecto de amor y el odio, y desprecio al pecado y a los propios sentidos. Con ese amor y odio, y con la verdadera humildad, se injerta el hombre en el atormentado y perfecto amor del Hijo de Dios, produce frutos de reales virtudes que nutren su alma y la del prójimo, y se hace comedor y degustador de la honra de Dios y de la salvación de las almas. Nos es, pues, de gran necesidad y precisión mantener esta unión, porque sin ella no podemos alcanzar el fin para el que fuimos creados. Por eso dije que deseaba veros injertado en el árbol de la santísima cruz. Os ruego, pues, por amor a Cristo crucificado, que seáis solícito y no perezoso. No durmáis más en el sueño de la negligencia, porque el tiempo es breve y el camino largo.

Venerable padre: me mandasteis la cruz que tanto deseaba, más que cualquier otra cosa; acepto el afecto y deseo con que me la enviasteis. A los ojos corporales me recordáis con ella lo que debo tener en el alma. ¡Miserable de mí, que nunca lo tuve! Os pido con gran afecto de amor que rogueis a nuestro dulce Salvador que me lo de.

Yo os devuelvo la cruz invitándoos a la del santo deseo y a la corporal, sufriendo con verdadera paciencia todo el trabajo que recibisteis por el honor de Dios y la salvación de las almas. Me escribisteis diciendo que lo que yo había comenzado, lo terminase. Os prometo que, en cuanto pueda, cuando Dios me de la gracia para ello, lo cumpliré, es decir, rogar siempre a la divina Bondad por vos. Si correspondeis con verdadera diligencia a El, que os llama con grandísimo amor, su voluntad se cumplirá en vos, así como vuestro deseo y el mío. El no quiere otra cosa que nuestra santificación. Así espero que, cumplido esto, nos encontraremos unidos por el lazo de la dulce caridad. Tened, tened cuidado de corregir el pecado y plantar la virtud en vuestros súbditos con verdadera y santa doctrina, siendo para ellos ejemplo de virtud. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

CONSEJOS DE VIDA ESPIRITUAL A LAS RELIGIOSAS

A la Abadesa del Monasterio de Santa María,de Siena. (1367-1368)

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

A vos, amadísima y carísima madre y hermana, mi señora, y a ti, hija y hermana Nicolasa, yo, Catalina, sierva de Jesucristo y vuestra, os escribo y quiero hacer con vosotras el oficio que hace el siervo al señor. Porque sin cesar lleva y trae. Así quiero llevaros siempre a la presencia del dulcísimo Salvador, y de ese modo, por su inefable caridad, impetraremos la gracia de cumplir el otro pacto del siervo, que es traer, es decir, volver hacia abajo, que

es la manera de llegar a la gracia por el conocimiento de nosotros y de Dios. Pienso que no puede haber virtud en la plenitud de la gracia sin morar en la celda de vuestro corazón y vuestra alma. En ella conseguiremos el tesoro que es vida, a saber, la profundidad del santo conocimiento de Dios y de uno mismo. De este conocimiento, hermanas carísimas, procede el santísimo odio que hace nos unamos a la suma, eterna y primera Verdad, reconociendo que nosotros somos la suma mentira y fautores de lo que es nada (el pecado). Al odiar, clamaremos en nuestro corazón, confesando su bondad: «Sólo tú eres bueno. Eres el mar de paz de donde proceden todas las cosas que han de existir». Lo que es nada, el pecado, no se da en El. Así (dijo) la suma Verdad a una inútil sierva suya (ella misma): «Quiero que ames a todas las cosas porque todas son buenas, perfectas y dignas de ser amadas. Todas están hechas por Mí, que soy Bondad suma; todas menos el pecado. Este no está en Mí. Si lo estuviera, hija mía, el pecado sería digno de ser amado». ¡Oh amor inestimable! Por eso quieres que nos odiemos; por nuestros perversos deseos, de donde viene el pecado, que no se da en Ti.

Por tanto, madre y amadísimas hermanas en Cristo Jesús, corramos, corramos, corramos a la muerte por el camino de la caridad. Si me decís, ¿qué voces damos?, clamemos con el Apóstol a causa de nuestra voluntad pervertida. ¿Qué dice el enamorado Pablo? «Mortificad los miembros de vuestro cuerpo». No dice lo mismo de la voluntad, sino que desea que esté muerta y no sólo mortificada. ¡Oh dulcísimo y amadísimo Amor! No acierto a ver otro remedio para nosotros que el cuchillo que tú tuviste, dulcísimo Amor, en el corazón y en el alma; o sea, el odio al pecado y el amor al honor del Padre y de nuestra salvación. ¡Oh dulcísimo amor! Este fue el cuchillo que traspasó el corazón y el alma de la Madre (María). El Hijo fue herido en el cuerpo y también la Madre, porque aquella carne era de ella. Razonable, pues, que como de cosa suya se doliese, porque de ella había tomado aquella carne inmaculada. Me confirmo, ¡oh fuego de caridad!, de

que El tiene otra unión con nosotros. Tomó la forma de la carne, y ella, como cera caliente, recibió la impronta del deseo y del amor a la salvación, y el sello del Espíritu Santo. Por medio de ese sello quedó el Verbo divino hecho carne. María, pues, como árbol de misericordia, recibe en sí el alma consumada de su Hijo que es herida con el cuchillo del odio y del amor al Padre, como árbol que tiene en sí el injerto. Tanto ha crecido el odio y el amor en la Madre y en el Hijo, que éste corrió a la muerte por el gran deseo que tuvo de darnos la vida. Tan grandes son su hambre y deseo de obedecer al Padre, que ha perdido el amor a sí mismo y corre a la cruz. Lo mismo hace aquella dulcísima y queridísima Madre, ya que de buen grado pierde el amor (natural) al Hijo: no obra como una madre que lo aparta de la muerte sino que quiere ser escalera (para llegar a la cruz) y desea que muera. No es de extrañar, porque se halla herida por la saeta del amor de nuestra salvación.

¡Oh carísimas hermanas e hijas todas en Cristo Jesús! Para que lleguemos a arder en el fuego del santo deseo, como la Madre y el Hijo, no mantengamos más la obstinación en nuestros corazones. Os pido de parte de Cristo crucificado que esa piedra (el corazón) se ablande con la abundancia de la ardentísima sangre del Hijo de Dios. Tiene tal calor que todo endurecimiento y frigidez de corazón ha de ablandarse. ¿En qué ha de terminar ese reblandecimiento? Sólo en lo que hemos dicho: en transformarse en odio y en amor. Esto lo realiza el Espíritu Santo cuando llega al alma. Os suplico y apremio, pues, que mostréis el deseo de ese cuchillo. Si me preguntárais, «¿en qué lo podemos demostrar?», respondería: quiero que lo demostreis ante la presencia de Dios en dos cosas. Lo primero, que no queráis (emplear) el tiempo a vuestro capricho sino según la voluntad del que existe por sí mismo. Así os desprendereis de la vuestra u os vestireis de la suya. Me escribisteis sobre el deseo que tenéis de que os visite. Quiero que a este deseo lo modere el suave yugo de la obediencia al Hijo de Dios. Así aceptaréis con acata-

miento esta y cualquier otra espera, por enojosa que sea, interpretando que no puede ser sino para vuestro bien. Aceptemos, pues, con reverencia lo que sobrevenga.

En segundo lugar, podéis demostrar que queréis en vosotras el mencionado cuchillo, caminando bajo el yugo de la obediencia. Singularmente, señora, quered obedecer a Dios soportando los trabajos que os ha impuesto, que es el gobierno de sus ovejas. No os parezca mal ni os desconsoleis si muchas veces, por dificultades, tenéis que molestar al prójimo por el honor a Dios, porque veo que eso lo hacían los santos discípulos, que despreciaban todo consuelo espiritual y temporal. ¡Cuánto consuelo habrían experimentado de haber permanecido juntos la Madre y el Hijo! Los discípulos, adornados con el vestido nupcial del Maestro, se entregan a trabajos, oprobios y a la muerte por la honra de Dios y la salvación del prójimo. Despreciando los consuelos y abrazando las penas tuvieron la vida eterna. Así quiero que seais vosotras. Si me dijeseis: «Yo no quisiera hallarme ocupada en las cosas temporales»; os respondo que son temporales en cuanto que las hacemos nosotros. Ya os he dicho que todo procede de la suma Bondad y que por ello todas las cosas son buenas. No quiero, pues, que con el pretexto de ser cosas temporales, rechaceis los trabajos sino que solícitamente, y con la mirada puesta en Dios, seais diligente y singularmente en lo que se refiere a las almas. Como dice san Bernardo, la caridad, si te acaricia, no te engaña; si te corrige, no te odia. Conducios, por tanto, con valentía, con aspereza o con halagos, según lo precise cada circunstancia. No seáis negligente en corregir los defectos, pequeños o grandes, conforme la persona sea capaz de recibir el castigo. Al que pueda cargar con diez libras, no le pongais veinte, sino quitadle lo que podais. A ellas las suplico, de parte de quien cargó con toda nuestra miseria, que inclinen su cabeza a la estrecha puerta de la obediencia, no sea que la soberbia de su voluntad se la rompa.

Carísimas hermanas: no os parezca trabajosa la reprensión. ¡Si conocierais lo dura que será al alma que re-

húsa la corrección en esta vida! Es, por tanto, mejor que las negligencias, ignorancias y el poco amor que tenemos a la obediencia, sean castigados en el tiempo perecedero, que recibir el duro castigo en el tiempo que no se acaba. Sed, por tanto, obedientes por amor al dulcísimo y amadísimo joven Hijo de Dios, que lo fue hasta la muerte. De ese modo, una vez quitado por la gracia de Dios el vicio de la soberbia, seremos dueños del mencionado cuchillo y nos hallaremos arraigados en la virtud santa de la caridad. Esta la demostraremos con la virtud de la obediencia que tendrá su manifestación en la santa humildad.

No os digo más, sino que hagamos una santa oración para que podamos observar lo que hemos dicho. Quien se halla en camino tiene necesidad de luz para no errarlo. Yo he encontrado de nuevo una bellísima luz que nos ilumina. Es la dulce virgen Lucía. A la dulcísima enamorada, Magdalena, le pediremos aquel desagrado que tuvo de sí misma. Inés, la corderilla de mansedumbre y humildad, nos dará humildad. He aquí, pues, a Lucía, que nos da luz; a Magdalena, odio y amor; a Inés, que da bálsamo de humildad. Equipada así la navecilla de nuestra alma, iremos a visitar el santo lugar de la bienaventurada Marta, aquella enamorada hospitalaria que recibió a Cristo, hombre y Dios. Ahora se halla morando en la casa del Padre eterno, o sea, en la esencia de Dios, en cuya visión y esencia tengo confianza de que estaremos con Cristo y le veremos cara a cara, gracias a la abundancia de la sangre de Cristo y por los méritos de la dulcísima Madre María. Os pido que seamos solícitas en entregar la vida por El.

Alabado sea nuestro dulce Salvador. A vos, señora (abadesa), y a ti, Nicolasa, hija y hermana, me encomiendo y ruego que me encomendeis a Sor Agustina y a todas las otras. Que pidan a Dios que me aparte del camino de la negligencia y corra, muerta (la voluntad), por el camino de la verdad. No os digo más sobre esto. Alabado sea Jesucristo crucificado. Amén.

CONFIANZA EN DIOS DURANTE LOS SUFRIMIENTOS

A Fray Jacobo de Padua, Prior del monasterio de Monte Oliveto.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

A vos, venerable padre en Cristo Jesús, por reverencia al santísimo Sacramento: yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, me encomiendo a vos en la preciosa sangre del Hijo de Dios con el deseo de veros en verdad siervo fiel de nuestro Salvador, tal como El dijo: «si tuvieseis la fe tan grande como un granito de mostaza, ordenaríais a ese monte, apártate, y se apartaría». Eso creo yo de verdad, padre carísimo, porque el alma fiel, que ha puesto toda su fe y esperanza en el madero de la cruz, donde encontramos al Cordero asado al fuego de la divina caridad, adquiere allí tal fe que no habrá monte, es decir, monte de pecado, soberbia, ignorancia, negligencia, que ordenándole con fe viva, en virtud de la santísima cruz, nuestra voluntad no cambie ese monte de la negligencia en solicitud, de la soberbia en humildad verdadera, por la consideración de que Dios se rebaja a ser hombre. Si se aparta el monte de la ignorancia, y permanecemos humildes en el verdadero conocimiento de nosotros mismos, consideraremos que no existimos por nosotros y nos veremos haciendo lo que es la nada (el pecado). Entonces descubre el alma la bondad divina arraigada en ella con amor ardiente, porque comprende que El la amó dentro de sí mismo antes de crearla. Por haber considerado su miseria y la bondad de Dios, llega a odiarse a sí y a amar al dulce Jesús.

Al ver que ha sido y es rebelde a Dios, y que no realizamos el bien que podemos, querrá tomar justicia de sí y deseará que esa justicia la hagan las criaturas, queriendo sufrir injurias, tormentos, escarnios y villanías. Además

no puede hallar deleite sino en el sufrimiento y sobrellevando los trabajos con buena y verdadera paciencia.

Así manifiesta la fe viva y no muerta que tiene, y que ha conformado su voluntad con la de Dios. Ha mandado a los montes que se aparten, y se han apartado. Permanece en la virtud y se hace intérprete de la voluntad divina. De ella nace la luz, con la que ve que cuanto ocurre proviene de los hombres, de los demonios o de cualquier causa, y no puede interpretarlo sino como acorde con la voluntad de Dios. Nada puede hacer sufrir a esa mente ni a esa alma. Ella no quiere elegir según su voluntad sino en conformidad con lo que agrade a la de Dios. Tampoco elige el tiempo ni el modo. Ve que Dios es sumamente bueno y no puede querer sino el bien y nuestra santificación, tal como dice el enamorado Pablo: que la voluntad de Dios es que nos santifiquemos en El. Por eso, en cuanto el alma ha comprendido tan inefable amor y que lo que Dios hace y permite se hace por singular amor, se levanta con solicitud para vestirse y ceñirse la suave y dulce vestidura que permite se cumpla la frase *«gustate et videte etc.»*. Ciertamente es verdad, carísimo padre, que si el hombre no lo gusta en esta vida por amor y deseo, no lo podrá ver en la vida eterna. ¡Oh, qué feliz será nuestra alma si le saboreamos por estar revestidos de esta santa y dulce voluntad! Este vestido es la señal que presentamos a nuestro Salvador por el amor que le tenemos. Del amor nace la fe viva, porque tengo tanta fe y esperanza cuanto amo, y el amor hace nacer vivos y no muertos los hijos de las virtudes. Animo, pues, padre. Transformemos nuestro corazón y nuestra alma en este consumado, encendido y ardentísimo amor. Refugiémonos en las llagas del corazón consumado del Hijo de Dios. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Corramos, corramos, porque el tiempo es breve. Jesús dulce, Jesús amor.

INSTRUCCION ESPIRITUAL SOBRE LA VIDA RELIGIOSA

A ciertos novicios de la Orden de Santa María del Monte Oliveto.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimos hijos en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros hijos obedientes hasta la muerte aprendiendo del Cordero inmaculado que fue obediente al Padre hasta la afrentosa muerte de cruz. Pensad que este es el camino y norma que vosotros y toda criatura debéis seguir. Quiero que lo pongais ante vuestros ojos como objetivo. Considerad lo obediente que El fue, ¡el Verbo! No rehúsa los trabajos que tiene, por el gran peso que le ha cargado el Padre, sino que corre a ellos con grandísimo deseo. Esto lo manifestó en la cena del Jueves Santo cuando dijo: «Con deseo he querido celebrar la pascua con vosotros antes de que muera». Es decir, intentaba, celebrando la pascua, cumplir la voluntad del Padre y su obediencia. Por ello, viendo casi agotado el tiempo (se veía al final, pues por nosotros debía hacer al Padre el sacrificio de su cuerpo), se goza, exulta y dice con alegría: «Con deseo he querido». La pascua a que se refería era darse a sí mismo en comida y hacer el sacrificio de su cuerpo por obediencia al Padre. Muchas veces, comiendo con los discípulos, había celebrado otras pascuas, pero nunca ésta. ¡Oh inestimable, dulcísima y ardentísima caridad. No piensas en tus sufrimientos ni en tu afrentosa muerte. Si pensases en ellos no andarías con tanta alegría, ni la llamarías pascua. Pensad, hijos míos, que este dulce Cordero era una verdadera águila que no mira a la tierra de su humanidad sino sólo a la rueda del sol, al Padre eterno, y que ve en sí mismo que su voluntad es que seamos santificados en El. Esta santificación

no se podía obtener a causa del pecado de nuestro primer padre Adán. Nos fue necesario tener un intermediario y que por medio de él se cumpliera la voluntad de Dios. Contemplad al Verbo a quien Dios ha puesto y dado por esposa al género humano. Le ha ordenado que ponga por intercesora a su sangre a fin de que su voluntad se cumpla en nosotros y así seamos santificados. Luego ésta es la dulce pascua que toma el Cordero inmaculado. A la vez que satisface su ardentísimo afecto y deseo, cumple la voluntad del Padre en nosotros, y observa y da cumplimiento a su obediencia. ¡Oh dulce e inestimable amor! Tú has unido y puesto de acuerdo a la criatura con su Creador. Has hecho lo que se hace con la piedra que se ensambla con otra para que cuando llegue el viento... no quiere ser impedida. Poned la cal mezclada con agua. Tú, Verbo encarnado, has colocado esta piedra de la criatura, la has injertado en su Creador. Por la unión con la naturaleza humana, has puesto la sangre en medio de la cal viva, has previsto y protegido de los muchos vientos contrarios, de los combates y tentaciones, de muchos sufrimientos y tormentos que proceden del demonio, de las criaturas y de la propia carne, de todos los vientos contrarios que dan embites contra el alma. Veo, dulce y primera Verdad, que por la sangre nos has puesto como intermediario este muro que es de tal fortaleza que no habrá viento contrario que pueda dar con él en tierra. Por tanto, dulcísimo Jesús, verdaderamente hay motivo para que la criatura te ame únicamente a Ti y para no temer por alucinación alguna que pudiera venir.

Así os ruego, dulces hijos míos en el dulce Cristo Jesús, que nunca temáis, que confieis en la sangre de Cristo crucificado. No desmayeis por movimientos o por tentaciones. Aunque os venga el pensamiento de que no podréis perseverar, por miedo a los sufrimientos que parezca llevar consigo la obediencia en vuestra Orden, o por otra cosa distinta que os pueda sobrevenir, nunca temáis. Más bien, conservad en vosotros la buena y santa voluntad que es la señora de este muro. Con el azadón del libre

albedrío puede la voluntad derribar y conservar, según le parezca.

Por lo tanto, no quiero que temáis. Desaparezca de vosotros cualquier temor servil. Respondiendo a la tibieza del corazón y a las ilusiones del demonio diréis con el dulce y enamorado Pablo: «Sufre hoy, alma mía. Todo lo podré por Cristo crucificado, porque El es quien me da fuerzas para el deseo y para el amor». Amad, amad, amad. Embriagaos con la sangre de este dulce Cordero que ha hecho fuerte la roca de vuestra alma, la ha sacado de la esclavitud del perverso tirano, el demonio, y la ha hecho libre y señora de tal modo que nadie le puede quitar el señorío, si ella no lo quiere. Esto lo ha concedido a toda criatura.

Me doy cuenta de que la divina providencia os ha puesto en una navecilla a fin de que no desmayeis en el mar tempestuoso de esta vida llena de oscuridad, es decir, en la santa y verdadera religión. La navecilla es dirigida por el yugo de la santa y verdadera obediencia. Pensad cuánta gracia os ha hecho Dios, conociendo la debilidad de vuestros brazos. El que se halla en el mundo rema en este mar a costa de sus propios brazos, pero el que está en la Orden lo hace con brazos ajenos. Si de veras es obediente, no tiene que dar cuenta de sí mismo. Lo hará la Orden, ya que él ha observado lo mandado por el prelado. Me cerciorаré de que seguís al Cordero degollado en si sois obedientes. Ya os he dicho que quiero que aprendáis el dulce y buen Jesús que fue obediente hasta la muerte y cumplió la voluntad del Padre y su obediencia. Eso quiere Dios de vosotros: que cumpláis su voluntad observando (la regla de) vuestra Orden y teniéndola como espejo. Preferid la muerte a transgredir la obediencia del prelado. Cuidado no ocurra (Dios, por su piedad, os libre) que os mandare algo no conforme con Dios. En eso no le debéis obedecer y quiero que no lo hagais nunca, porque no se debe obedecer a la criatura sino en razón del Creador. Sin embargo, obedeced en todo lo demás. No atendáis a vuestro gusto espiritual o temporal.

Os digo esto porque a veces el demonio nos hace ver las cosas bajo forma de virtud y de mayor devoción. Querremos los lugares y los momentos según nuestro parecer diciendo: «tal tiempo y lugar es de más consuelo y paz para mi alma». La obediencia algunas veces no querrá eso. Os digo que quiero que sigais la obediencia antes que vuestros gustos. Pensad que esto es un oculto engaño que tienta a todos los servidores de Dios y, con pretexto de servir mejor a Dios, haceis lo contrario. Sabed que sólo la voluntad es la que sirve o desagrada. Si tú, religioso, tienes voluntad (propia), el demonio no te lo manifiesta con grandes cosas exteriores, pues ya la has abandonado al dejar el mundo, sino que te alborota la voluntad en las espirituales diciendo: «Me parece encontrar más paz y permanecer más en el amor a Dios quedándome en tal lugar y no en aquel otro». Por conseguirlo resiste a la obediencia y, si a pesar de ello tiene que hacerlo, lo ejecuta sufriendo. De modo que, deseando la paz, se priva de ella. Por tanto, es mejor quitar la propia voluntad y dar cumplimiento a la de Dios y a la de la Orden y observar lo que ordena el prelado, que pensar por sí mismo. Estoy segura de que seréis como aguiluchos que lo aprenderéis de la verdadera águila. Los mundanos que se apartan de la voluntad de su Creador, dicen, cuando Dios permite que tengan alguna tribulación o persecuciones: «No las quisiera; no precisamente por el sufrimiento (que conllevan) sino porque creo que son la causa de que yo me aleje de Dios». Están equivocados y es falsa su apreciación sensible, pues con las ilusiones del demonio rehúsan el sufrimiento y lo temen más que ofender a Dios. Con todos usa el demonio esta estratagema. Es necesario, pues, que ahoguemos nuestra propia voluntad. Los seglares, obedientes, deben observar los mandatos de Dios; los religiosos, los mandamientos y los consejos, como han prometido a la Orden. ¡Animo, hijos míos! Obedientes hasta la muerte con las verdaderas y reales virtudes. Pensad que cuanto más humildes seais, tanto más obedientes seréis, pues de la obediencia nace de la vena de la humildad; de ésta, la

obediencia; y ambas del chorro de la ardentísima caridad. Este chorro de la caridad lo tomaréis del costado de Cristo crucificado. De este lugar y morada quiero que la hagáis salir. Sabed que el religioso que está fuera de la celda está muerto, como el pez fuera del agua. Por eso os hablo de la celda del costado de Cristo, donde encontraréis el conocimiento de vosotros mismos y de su bondad.

Por tanto, levantaos con grandísimo y ardoroso deseo. Caminad, entrad y permaneced en esta dulce morada, y no habrá demonio ni criatura que pueda quitaros la gracia ni impedir que alcancéis vuestra meta: ver y gustar a Dios. No digo más. Obedeced hasta la muerte siguiendo al Cordero que es para nosotros camino y norma. Bañaos en la sangre de Cristo crucificado. Refugiaos en sus llagas. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

PARA LLEGAR AL CONOCIMIENTO DE SI Y DE DIOS

A Fray Nicolás de Ghida de la Orden del Monte Oliveto.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros morador de la celda del conocimiento de vos y de la bondad de Dios en vos. Esa celda es una morada que el hombre lleva consigo a donde quiera que vaya. En ella se adquieren las verdaderas y reales virtudes y singularmente la humildad y la ardentísima caridad. Como consecuencia del conocimiento de nosotros mismos, el alma se humilla reconociendo

su imperfección y que por sí misma no existe, pues comprende haber recibido de Dios su existencia. Por eso reconoce también la bondad de Dios en ella. A esa Bondad le atribuye su existencia y todos los dones que a la existencia se han añadido. De este modo adquiere una verdadera y perfecta caridad, amando con todo el corazón, todo el afecto y toda su alma. Porque ama, concibe odio a los propios sentidos y, por el odio a sí misma, se encuentra contenta con que Dios quiera y sepa castigarla al modo que desee a causa de los pecados. Pronto se convierte en paciente de toda tribulación que sobrevenga, interior o exterior. Por eso, si tiene diversos pensamientos, los sufre de buen grado, considerándose indigna de la paz y quietud de espíritu que tienen otros servidores de Dios, y se juzga digna de todo sufrimiento e indigna del fruto que a él sigue.

¿De dónde viene ésto? Del santo conocimiento de sí misma. Se conoce, conoce a Dios y a su bondad actuando en ella, y por eso lo ama. ¿En qué se deleita el alma? En sufrir sin culpa por Cristo crucificado. No se cuida de las persecuciones del mundo de las difamaciones de los hombres. Su gozo se basa en sobrellevar los defectos del prójimo. Busca de veras soportar los trabajos de la Orden y morir antes que traspasar la obediencia. Es siempre sumisa no sólo al prelado sino al menor. No presume de sí, creyéndose algo. Por eso se somete a cualquiera por causa de Cristo crucificado, no en lo que se refiera a los placeres o pecados, sino con humildad, por razón de la virtud. Huye del trato con la sociedad y con los seglares, del recuerdo de los parientes (no sólo de su trato), como de serpientes venenosas. Ama la celda y se deleita en las salmodias con humilde y continua oración. De la celda ha hecho un cielo. Preferirá estar en ella con sufrimientos y ataques del demonio, a vivir fuera de ella en paz y quietud.

¿De dónde tal conocimiento y deseo? Lo ha obtenido y adquirido en la celda del conocimiento de sí, porque si antes no hubiera tenido esta morada en la celda del espí-

ritu, no habría tenido el deseo ni amaría la celda material, pero como vio y conoció por sí misma los peligros de andar y estar fuera de la celda, por eso la ama. En verdad, el monje fuera de la celda muere como el pez fuera del agua. ¡Qué peligroso es para el monje andar vagando! ¡Cuántas columnas hemos visto venirse a tierra por andar y estar fuera de la celda, a no ser en los momentos precisos y regulados! Cuando la obediencia o una verdadera necesidad de caridad se lo mandare, entonces no recibirá perjuicio alguno, a no ser por ligereza de corazón y por caridad liviana que tiene a su prójimo, detalles que obligan al ignorante a estar fuera de ella por engaño del demonio. Ese no considera que la caridad debe primeramente orientarla hacia sí mismo, en el sentido de que no debe cometer mal alguno ni cosa que impida la perfección, por un beneficio que se pueda hacer al prójimo. ¿Por qué estar fuera de de la celda es tan nocivo? Porque antes de salir de la celda material ha abandonado la espiritual del conocimiento de sí. Si no lo hubiera hecho, habría conocido su fragilidad, cosa que le llevaría a no salir sino a quedar dentro de su celda. ¿Sabéis el fruto de andar fuera? Es fruto de muerte, porque el espíritu se recrea en el trato con los hombres abandonando el de los ángeles; se vacía de santos pensamientos acerca de Dios y se ocupa en las criaturas; a causa de distintos y malos pensamientos, disminuye su solicitud y devoción al oficio (divino) y se enfrían los deseos del alma. Con eso abre las puertas de sus sentidos, a saber, la vista para ver lo que no debe, los oídos para escuchar lo que no tiene relación con la voluntad de Dios y la salvación de las almas, y la lengua para decir palabras ociosas, olvidándose de hablar de Dios. Con ello se hacen daño y lo hacen al prójimo, privándole de la oración, porque en el tiempo en que debe orar por él, anda de una parte para otra; y le priva también del buen ejemplo. La lengua no sería capaz de explicar los males que de ello se siguen. Ocurrirá, si no tiene cuidado, que poco a poco se irá deslizando de modo que abandonará el redil de la Orden. En cambio, si cono-

ce el peligro se refugia en la celda y en ella llena su espíritu abrazándose con la cruz, en la compañía (por la meditación) de los santos doctores que con luz sobrenatural, como ebrios, hablaban de la generosa bondad de Dios y de la vida de los que se enamoraban de las virtudes, alimentándose de la honra de Dios y de la salvación de las almas a la mesa de la santísima cruz, sufriendo hasta la muerte con verdadera perseverancia. Así, pues, se deleita con esta compañía y, cuando la obediencia les manda salir, les parece duro y, hallándose fuera, permanecen dentro con el deseo. En la celda se alimenta de la sangre y se une con el sumo y eterno bien por afecto de amor. No huye ni rehúsa el trabajo sino que, como verdadero caballero, está en la celda como en el campo de batalla defendiéndose de los enemigos con el cuchillo del odio y del amor y con el escudo de la santísima fe. Nunca vuelve la vista atrás sino que persevera con la esperanza y con la luz de la fe, hasta que por esa perseverancia recibe la corona de la gloria. Adquiere la riqueza de las virtudes pero no las compra en otra tienda que en el conocimiento de sí mismo y de la bondad de Dios en sí. Por ese conocimiento se hace morador de las celdas, espiritual y material, pues de otro modo nunca lo habría conseguido.

Por lo cual, considerando yo que no existe otro camino, dije que deseaba veros morador de la celda del conocimiento de vos y de la bondad de Dios manifestada en vos. Sabed que fuera de la celda nunca lo adquiriréis. Por eso quiero que volváis sobre vos mismo con rigor, permaneciendo en la celda, y que experimentéis tedio fuera de ella, a no ser que la salida os la imponga la obediencia o la extrema necesidad. Que la salida al mundo os parezca como ir al fuego; y veneno el trato con los seglares. Huid a vuestro interior y no queráis ser crueles con vuestra alma. Carísimo hijo: no quiero que sigamos durmiendo sino que despertemos al conocimiento de nosotros mismos, donde encontraremos la sangre del humilde e inmaculado Cordero.

No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a

Dios. Encomendadme al prior y a los otros vivamente. Jesús dulce, Jesús amor.

CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

A la Señora Inés, mujer que fue de Micer Orso Malavolti.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima hija en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros fundada en la verdadera paciencia, pues creo que sin ella no podemos agradar a Dios. Lo mismo que la impaciencia agrada mucho al demonio y a los sentidos, y no encuentra gozo sino en la ira cuando carece de lo que ellos desean, así, por el contrario, desagrada mucho a Dios. Agrada tanto al demonio, porque la ira y la impaciencia son la médula de la soberbia. Por la impaciencia se pierde el fruto de los trabajos, se priva al alma de Dios, comienza a gustar las primicias del infierno y, después, le proporciona la condenación, ya que en el infierno arde la mala y pervertida voluntad junto con la ira, el odio y la impaciencia. Arde y no se consume, sino que siempre está fresca, o sea, no disminuye. Por eso digo que no se consume. Los impacientes tienen consumida y seca la gracia en su alma, pero su ser no se ha destruido, como queda dicho. De aquí que sus sufrimientos duren eternamente. Dicen los santos que los condenados piden la muerte y no la pueden obtener, porque el alma nunca muere. Cierto que por el pecado mueren a la gracia, pero no a la existencia. No existe vicio ni pecado que en esta vida haga gustar las

arras del infierno como la ira y la impaciencia. El impaciente está en odio con Dios, le desagrada el prójimo, no quiere ni sabe tolerar ni sobrellevar sus defectos. Lo que dice o hace le cae inmediatamente como veneno. La ira y la impaciencia se mueven como hoja al viento. Se hace insoportable a sí mismo, porque la pervertida voluntad insiste y apetece siempre lo que no puede conseguir. Se olvida de la voluntad de Dios y de la finalidad de su alma. De la ira y de la impaciencia nace el árbol de la soberbia que hace del hombre un demonio de carne. Frecuentemente es más difícil combatir a estos demonios visibles que a los invisibles. Con razón debe toda criatura racional huir de la impaciencia.

Tened cuidado, pues hay dos clases de impaciencia. Una es la común, o sea, la de los mundanos en general, nacida del desordenado amor que se tienen a sí y a las cosas temporales, a las que aman prescindiendo de Dios. Para adquirirlas no se cuidan de si pierden el alma y la ponen en manos de los demonios. Esos no tienen remedio a no ser reconociendo que han ofendido a Dios y cortando este árbol con el cuchillo de la verdadera humildad por el alimento de la caridad en el alma. La caridad es árbol de amor, cuya médula es la paciencia y la benevolencia con el prójimo. Como la impaciencia manifiesta más que ningún otro vicio que el alma se halla privada de Dios (pues inmediatamente critica por ser nuestra soberbia la médula del árbol), así la paciencia demuestra que Dios habita en el alma por la gracia, mejor que ninguna otra virtud. Digo que la paciencia fundada en el árbol del amor, esto es, cuando por amor a su Creador, desprecia al mundo y ama las injurias, vengan de donde vengan.

Decía que la ira y la impaciencia eran de dos clases, es decir, general y particular. Hemos hablado de la general; ahora hablo de la particular, es decir, de la que quienes ya despreciaron al mundo y quieren ser servidores de Cristo a su modo, a saber, en cuanto que encuentran en Dios deleites y consuelos. Esto ocurre porque no ha muerto en ellos la voluntad propia espiritual. Por eso pi-

den y reclaman de Dios que les dé consuelos y tribulaciones a su modo y no al modo de Dios. Se vuelven impacientes cuando reciben lo contrario de lo que su voluntad propia espiritual desea. Esto es brote de la soberbia, que de ella se alimenta. Así como en el árbol que hace brotar sus retoños a un lado y como algo separados de él, la sustancia de que se nutren todos la sacan precisamente del mismo árbol, así sucede con la voluntad propia del alma. Ella elige servir a Dios a su modo y, en cuanto le falta ese modo, el alma sufre; y de ese sufrimiento se deriva la impaciencia, y no encuentra deleite en servir a Dios ni al prójimo. Es más, si alguien se llegara a ella con un consejo y ayuda, no le respondería sino con improperios, y no sabría sobrellevar lo que le es necesario. Todo proviene de la voluntad sensitiva espiritual que se nutre del árbol de la soberbia, árbol cortado, pero no desarraigado. Está cortado, porque ya se ha apartado del mundo su deseo, por haberlo puesto en Dios; pero lo ha hecho de manera imperfecta. Quedó la raíz y por eso ha colocado el hijo al lado. Así se manifiesta en las cosas del espíritu. Por eso, si le faltan los consuelos de Dios, el espíritu permanece seco, se turba bien pronto y se entristece bajo pretexto de virtud (porque le parece hallarse privada de Dios), se vuelve protestona y opuesta a los designios de Dios. Sin embargo, si realmente fuera humilde, con verdadero odio y conocimiento de sí misma, se juzgaría indigna de la visita que Dios hace al alma, y digna de ser privada de consuelos, aunque no de la gracia de Dios. Sufre porque tiene que trabajar con sus propios medios, con el pretexto de no ofenderle. Esa es voluntad propia sensitiva.

El alma humilde, que voluntariamente ha arrancado la raíz de la soberbia con afectuoso amor, ha sofocado su voluntad buscando continuamente el honor a Dios y la salvación de las almas. No se cuida de sufrimientos sino que con mayor reverencia soporta al espíritu inquieto que al sosegado. Tiene santo respeto a lo que Dios le da y otorga para su bien, para que se levante de la imperfección. Este es el medio mejor de hacerla llegar, pues, por

él conoce mejor sus defectos y la gracia de Dios. A ésta la encuentra dentro de sí misma a causa de la buena voluntad que Dios le ha dado cuando le concede que le desagrade grandemente el pecado mortal. Es más; considerando que tiene defectos y pecados antiguos y actuales, ha concebido odio a sí misma y amor a la suma y eterna voluntad de Dios. Por eso la acepta con reverencia y está contenta de sufrir interior y exteriormente del modo que Dios se lo conceda. Para que pueda encontrar satisfacción en sí misma y vestirse de la dulzura de la voluntad de Dios, éste hace que descubra gozo en todo y, cuando ve que es privada de algo que ama, de consolaciones de Dios o de las criaturas, se alegra más. Sucede, a veces, que el alma ama espiritualmente. Al no encontrar satisfacción y consuelo en las criaturas, como desearía, le parece que (Dios) ama y da más consuelos a otros que ella, cae en el tedio espiritual y murmura contra el prójimo, critica el espíritu y la intención de los servidores de Dios y, especialmente, la de aquellos que la hacen sufrir. Por ello se impacienta y piensa y dice con la lengua lo que no debe. En semejantes sufrimientos quiere usar de una necia humildad (pues de ella tiene la apariencia, como hija de la soberbia) y se dice a sí misma: «no quiero actuar contra ellos ni disgustarme; lo tomaré pacíficamente; no quiero sufrir ni hacerlos sufrir». Y se humilla con pervertido desprecio (de las tribulaciones). Se entiende que es desprecio por la interpretación que interiormente hace y por la murmuración de la lengua. Sin embargo, no debe obrar así, porque de esta manera no arrancará la raíz ni cortará el retoño, porque impide que el alma consiga la perfección iniciada; debe más bien ponerse a la mesa de la santísima cruz y comer este manjar con corazón liberado, con odio santo de sí y con angustiado deseo del honor de Dios y de la salvación de las almas. Busque adquirir la virtud con sufrimientos y sudores y no con propios consuelos de Dios o de las criaturas, siguiendo las huellas y doctrina de Cristo crucificado. Dígase a sí misma con represión: «Alma mía: tú, que eres miembro, no debes ir

por otro camino que el de tu esposo. Es un contrasentido que bajo la cabeza coronada de espinas haya miembros tan hipersensibles». Si, por propia fragilidad y estratagema del demonio, sobrevinieren los muchos vientos de los vaivenes del corazón, al modo dicho arriba, o de cualquier otro, debe entonces levantarse sobre sí misma, razonar, no dejar de reprenderse y castigarse con odio y aborrecimiento de sí misma. Así arrancará las raíces y, por el aborrecimiento a sí misma, echará fuera el que tiene a su prójimo, es decir, doliéndose más de los desordenados sentimientos del corazón y del pensamiento que del sufrimiento recibido de las criaturas, por cualquier injuria o desplante que le hayan dado.

Esta es la práctica usada por los que se hallan plenamente inmersos en Cristo. Por ella se desarraiga la perversa soberbia y la médula de la impaciencia que, como dijimos arriba, agrada mucho al demonio por ser principio y causa de todo pecado. Por el contrario, igual que deleita mucho al demonio, desagrada grandemente a Dios quien se disgusta con la soberbia y se complace en la humildad. Tanto le cautivó esta virtud en María que, por la bondad de Dios, el Verbo, su unigénito Hijo, se vio obligado a darse a ella y la dulce María fue la que nos lo dio a nosotros. Hasta que María no manifestó su humildad y voluntad con la palabra diciendo *«Ecce ancilla Domini»* (se cumpla en mí según tu palabra), tened por cierto que el Hijo de Dios no se encarnó en ella. Pero, en cuanto la pronunció, concibió en sí aquel dulce e inmaculado Cordero, con lo que la dulce y primera Verdad nos manifestó cuán excelente es esta pequeña virtud y cuánto (bien) recibe el alma que con humildad ofrece y entrega su voluntad al Creador. Así, pues, en el tiempo de los trabajos, persecuciones, injurias, tormentos y villanías del prójimo, así como en los combates del espíritu y privaciones de los consuelos espirituales, venidos del Creador o de las criaturas (hay que recibirlos con dulzura cuando El hace que el espíritu no lo sienta, o si vienen de las criaturas a causa de nuestro trato y diversiones, pareciéndole que el alma

clama con humildad: «Señor mío, he aquí a tu sierva; que se haga en mí según tu voluntad y no según yo sensitivamente quiero». De este modo exhala el perfume de la paciencia ante su Creador, ante las criaturas y ante sí misma, y experimenta la paz y quietud del espíritu halladas en el combate, por haber alejado de sí la voluntad propia fundada en la soberbia y haber engendrado en su alma la gracia divina. En lo íntimo de su espíritu lleva a Cristo crucificado y se deleita en sus llagas sin buscar otra cosa que a El. Su lecho es la cruz de Cristo. En ella ahoga su voluntad y se hace humilde y obediente.

Como no hay obediencia sin humildad, así no se da humildad sin caridad. Esta se encuentra en el Verbo. Por obediencia al Padre corre El a la afrentosa muerte de cruz, clavándose y adhiriéndose con los clavos y lazos de la caridad y sufriendo con tal paciencia que no se oye el grito de su clamor. No eran capaces los clavos de sostener a Dios-hombre sujeto y clavado en la cruz, si el amor no lo hubiese sujetado. Esto digo que lo experimenta el alma, y es la razón de no querer deleitarse sino en Cristo crucificado. Si le fuese posible adquirir las virtudes, huir del infierno y poseer la vida eterna sin sufrimientos, y tener los consuelos espirituales y temporales, no los querría. Prefiere el sufrimiento, soportándolo hasta la muerte, conformarse con Cristo crucificado y vestirse de afrentas y padecimientos, antes que alcanzar la vida eterna por medio de otro afecto. Ha encontrado la mesa del Cordero inmaculado.

¡Oh gloriosa virtud! ¿Quién no querría entregarse a la muerte mil veces y soportar cualquier sufrimiento por adquirirla? Tú eres reina, pues posees el mundo entero; moras en la vida perdurable porque, aun siendo mortal el alma que se viste de ti, la haces morar, a pesar de todo, con los inmortales en razón del afecto del amor. Por tanto, ya que esta virtud es tan excelente, agradable a Dios y provechosa a nuestra salvación y a la del prójimo, levantaos, queridísima hija, del suelo de la negligencia y de la ignorancia, echando por tierra la debilidad y fragilidad

del corazón, a fin de que no se impaciente por nada que Dios permita; y no caigamos ni en la impaciencia común ni en la particular, sino que valientemente, con libertad de corazón y perfecta y verdadera paciencia, sirvais a nuestro Salvador. Si actuamos de otro modo, perderemos la gracia con la primera impaciencia y, con la segunda, impediremos la perfección y no conseguireis aquello a que Dios os ha llamado.

Creo que Dios os llama a la gran perfección. Lo veo claro porque El os libera de toda atadura que os lo pudiera impedir. Porque, a lo que entiendo, ha llamado para sí a vuestra hija, que era vuestra última atadura externa. Si bien con gran compasión, estoy muy contenta de que Dios os haya afligido y a ella la haya librado de los trabajos. Quiero, pues, que ahora elimineis vuestra voluntad propia a fin de que no esté apegada a otra cosa que a Cristo crucificado. Por eso os dije que, no conociendo otro camino para cumplirla, deseaba veros fundada en la verdadera y santa paciencia, ya que sin ella no podremos dirigirnos hacia nuestro fin. No digo más. Permaneced en santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

HAY QUE TOLERAR LOS DEFECTOS DE LOS DEMAS

A Don Jacobo, monje de la Cartuja de Pontignano.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo padre e hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Dios, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros fundado en

la verdadera y santa paciencia. Ella nos manifiesta si las virtudes están vivas o no en el alma, puesto que sin tribulación no se da esta virtud. El que no sufre no necesita paciencia, porque no hay quien le injurie. Digo que la paciencia manifiesta si hay o no virtudes en el alma. ¿Cómo hace? Por la impaciencia. ¿Quieres saber si las virtudes son aún imperfectas y si la raíz del amor propio está viva aún en el alma? Mira qué fruto se produce en los momentos de dificultad. Si es el de la paciencia, es señal de que la raíz de la voluntad propia se halla muerta; si es de la impaciencia, está patente que la voluntad propia aún está viva en él y que las virtudes se hallan ajenas al alma, porque lo vivo se deja sentir y no lo muerto.

Mirad que hay dos clases de impaciencia: una da muerte, porque de ella viene, y la otra impide la perfección, porque procede de la imperfección. De igual manera hay dos estados principales de perfección: en uno se halla la vida y en el otro la muerte, es decir, en los que se hallan en la muerte del pecado mortal. Como esta vida no pasa sin trabajos, en cualquier estado en que se halle el hombre hay tribulaciones y persecuciones del mundo. De aquí la impaciencia con aborrecimiento y repulsa del prójimo junto con quejas sobre Dios. Se juzga como un mal lo que El ha efectuado para su bien, para volverlo al estado de la gracia y apartarlo de la muerte del pecado mortal. Ese tal, a pesar de todo, como ignorante y mezquino, por estar muerta a la gracia su raíz, produce el fruto de la impaciencia. Con ella manifiesta la muerte que tiene dentro del alma. Otra clase de impaciencia es la mencionada, la que impide la perfección y demuestra que la imperfección existe. Si no es corregida, podrá él llegar a tal extremo que perderá el fruto de sus trabajos y permanecerá en continuo sufrimiento. Esos son los que se han levantado de las tinieblas del pecado mortal y viven en gracia. ¿Pero qué sucede? Que la raíz del amor propio no se halla muerta en ellos, por lo cual son aun imperfectos, tienen delicadezas para consigo mismos, se tienen compasión a sí mismos. Como aun se aman a sí mismos,

por eso pecan, y lo que ellos sufren teniendo lástima de sí, quisieran que todos lo padecieran. Al no ocurrir así, sienten pesadumbre y de ahí que, pena sobre pena, lleguen a la impaciencia y muchas veces a la murmuración contra el prójimo y a interpretar mal la voluntad de los demás. Esto es consecuencia de las tribulaciones, enfermedades, molestias en el espíritu, de cualquier lado que vengan. Ocurrirá muchas veces que tienen compasión, pero no la mostrarán. Todo esto, porque la raíz del amor propio no está muerta en ellos. ¿Qué nos lo asegura? La impaciencia, como se ha dicho. Por eso ha dado un fruto imperfecto, aunque no de muerte, si no se han apartado de la culpa de pecado mortal. Ese fruto no es de muerte sino solo descontento y sufrimiento que recibe por sus trabajos, junto con desagrado hacia el prójimo por no parecerle que le tienen la compasión que desearía. Esta es una imperfección que estorba a la gran perfección del monje o de otros religiosos que han abandonado el estado imperfecto de la gracia común en que se hallan los seglares que desean vivir en gracia y los que han llegado a la gran perfección.

Por eso deben ser espejo de obediencia y de paciencia, teniendo la voluntad muerta y no viva.

¿Qué lengua podría narrar los perjuicios que de ello se siguen? Me parece que ninguna. Son tres los principales que recibe el que no tiene muerta su voluntad. Uno es que es infiel y no fiel a la luz de la fe viva; más bien ha puesto niebla sobre su entendimiento, lugar donde se halla la pupila de la luz de la fe. Por lo cual, en cuanto surge este gran impedimento, o sea, tener puesta una nube de amor propio en la vista, se oscurece la fe y cae en el segundo y en el tercero (perjuicio), esto es, en la desobediencia, de donde pasará a la impaciencia y a la crítica, y de ahí a la murmuración. Si lo analizais bien, no se da un estorbo sin el otro. No hay que dudar, por tanto, de que, en cuanto la raíz del amor propio está viva en nosotros, la visión queda oscurecida y todos los frutos de las virtudes son imperfectos, ya que toda perfección proviene de

la muerte de la voluntad sensitiva y de dar vida a la razón en la dulce voluntad de Dios.

Así pues, estando viva e imperfecta la voluntad, pronto se vuelve desobediente contra Dios y su prelado. Si fuera obediente, sobrellevaría las disposiciones de Dios y las de sus prelados con la debida reverencia, pero, por su desobediencia y su propia voluntad, llega a la impaciencia con Dios y a la desobediencia. Es voluntad de Dios que llevemos con paciencia toda disposición, y de ahí que la debamos recibir con amor. Si actuamos de otro modo, le somos desobedientes, caemos en lamentaciones y críticas a causa de concesiones que nos hacemos a nosotros mismos y a causa de la soberbia y falta de fidelidad, por preferir nuestros pareceres a los de Dios. Si de veras creyéramos que todo procede de Dios, a excepción del pecado, y que no puede querer otra cosa que nuestro bien (pues si hubiera querido algo distinto que nuestra santificación no nos hubiera dado tan perfecto redentor), digo que si verdaderamente creyéramos en el bien que contemplamos en la sangre de Cristo crucificado, la luz de la fe no estaría obnubilada por el amor propio, seríamos obedientes, recibiríamos con reverencia lo que nos da y lo consideraríamos como bien para nosotros, dado no por odio sino por amor, como en realidad es. Pero como lo usamos para faltar a la fidelidad, por ello sufrimos, somos impacientes, desobedientes al prelado, juzgando que se trata de la voluntad del prelado y no de la de Dios.

Muchas veces el prelado hará con buena y santa intención lo que deba hacer con el súbdito y éste, desobediente e infiel, pensará todo lo contrario. Esto le ocurre por su soberbia y porque la raíz del amor propio no está muerta en él. Si lo estuviera, estaría dispuesto a aquello para lo que ingresó en la Orden, o sea, para obedecer sencillamente y sin pasión alguna, como lo hace el verdadero obediente. Aun cuando el prelado fuera un demonio, o le impusiese cargas pesadas, el verdadero obediente las recibirá con paciencia juzgando que es voluntad de Dios que el prelado se porte con él de ese modo, bien para su sal-

vación, bien para que alcance mayor perfección. Por eso acepta con paz y quietud de espíritu sus mandatos y gusta las arras de la vida eterna en este mundo, por haber dado muerte a la voluntad y procedido con la luz de la fe y con verdadera obediencia. De ahí que experimente el dulce y amoroso fruto de la paciencia con fortaleza y perseverancia hasta la muerte. Este fruto ha manifestado que de veras se ha alejado de la imperfección y llegado a la perfección. El desobediente muestra sus defectos con la impaciencia y vemos que se inquieta siempre, a no ser cuando las cosas salen según su voluntad y el prelado hace lo que él quiere. Sin embargo, se turba si hace lo contrario. ¿Por qué? Porque el amor propio está vivo. No le ocurriría eso si se hallara muerto. Esos son débiles; se hunden, como la paja se aplasta bajo los pies.

A causa de la blandura con que trata al cuerpo, se impacienta cuando se encuentra enfermo. Muchas veces dirá pretextando el bien: «si tuviese otra enfermedad la soportaría más fácilmente; pero ésta, oculta, no se ve, y por eso no creen en ella; me impide cumplir con mi oficio y las demás observancias y no puedo hacer lo que los demás». Y, así, no encuentro paz. Ese, como imperfecto y con pocas luces, es engañado por sus propios deseos y por el cuidado de sí mismo. ¿Qué nos lo demuestra? La impaciencia que padece, pues cree que los demás no tienen compasión. Quiere elegir el tiempo, el lugar y los trabajos a su capricho. No debe obrar así sino humillarse bajo la mano poderosa de Dios, soportarlo todo con reverencia y hacer hasta donde pueda. Cuando no pueda con su oficio y las demás observancias como los demás, haga lo que pueda: tenga paciencia. Dios no exige más que lo que podemos hacer.

El nos pide, ciertamente, el amor con el santo deseo y que llevemos resignados todo sufrimiento y trabajo, en todo tiempo y lugar en que nos hallemos, con odio y desagrado de los propios sentidos. Así obran los que quieren ser perfectos. Por ello en las penas de esta vida gustarán la vida eterna y cuando tengan sufrimientos no padecerán